

El discurso de Arias Navarro, los vascos y la Inquisición

Alderdi, 290. zk., 1974-02.

El *español* de ciudadanía que lo es también por amor, por emoción y hasta por pasión, y siente las raíces de su historia, sus tradiciones y su lengua como su mundo particular intransferible, tiene razones, muchas, para hacerse ahora la pregunta: ¿que va a ser de toda esta expectativa de renovación que se acaba de despertar después de 37 años de la misma música, la misma letra y el mismo espíritu de legitimidad que arranca de una sublevación militar, una guerra que duró casi tres años y mató un mundo de gente?

Porque no habrá de estos españoles ni uno sólo a quien no se le haya escapado la sangre y el alma en su padre, en un abuelo, en un hermano, en un tío, en un primo, o al menos en un amigo de la familia.

De esta guerra han salido heridos todos los que viven el Franquismo; aún los que han nacido después de aquella catástrofe.

Pero este español, a pesar de haber quedado sin voz, sin palabra y hasta sin voluntad, puede seguir respirando, porque vive, al menos, la precaria libertad del que no está perseguido en los fundamentos de una cultura matriz a la que está atado de por vida con el cordón umbilical de su lengua, que dirá mentiras pero que le suena, y es, suya, y la siente, además, protegida, institucionalizada y enriquecida todos los días a través de los portentosos medios de comunicación puestos oficialmente a su servicio.

Es necesario distinguir algunos de estos matices fundamentales si se quieren entender algunas consecuencias.

El *vasco* de sentimiento, de lengua, de cultura y de tradición que vive una ciudadanía española hostil y discriminatoria después de todas las consecuencias cruentas de la guerra, que convive en el Estado español con los hombres de otros pueblos con los que comparte todas las miserias de la dictadura franquista, se siente acosado de muerte y contra una pared, sin refugio; lo van ahogando, ya no sólo en la facultad política de la palabra, sino en su lengua, "la sangre del espíritu (como ha dicho, pero con respecto a la española, Arias Navarro) de mil y una manera arteras. La dictadura, el directorio, el cesarismo, el totalitarismo, la tiranía, el absolutismo, toda esta larga lista de sinónimos con que cuenta la lengua oficial española, sirven para recordar al oyente o al lector que ésta de la represión es una larga estela que ha venido dejando una institución que arraigó tan bien en algunas tierras de este Estado y cuyo nombre aterroriza aún al mundo: la Inquisición.

Porque desde 1839 y 1876, y sobre todo desde 1936, Euzkadi vive todas las consecuencias de esta Institución.

Ya sabemos que la Santa Inquisición era un tribunal eclesiástico establecido para inquirir y castigar los delitos contra la fe. Y duró mucho tiempo. Arrancó de los hombres y las mujeres y hasta de los niños de la época las *verdades* mediante tortura física y las vergüenzas públicas; su arma más eficaz era el terror; no había persona, y más

si ésta era joven o inexperta, que sometida a estas prácticas entonces santas no confesase su apostasía. Ahora no es la Iglesia, sino el Franquismo, el que está imponiendo de la misma manera brutal, *una fé* que hace de cualquiera que disienta de sus ideas o sus métodos un apóstata.

Y no es exageración.

A la manera como la Inquisición no se contentaba con castigar *hechos*, sino las *intenciones* mismas, así hemos tenido en estos días la lección de una persona que fue elegida, de la manera en que se eligen ahora concejal, en Lemona, en Vizcaya, y su alcalde, uno de estos alcaldes de a dedo, no quiso aceptar el juramento a que obliga la Inquisición franquista, y que el nuevo concejal tuvo que rendir, porque la Ley del alcalde nombrado desde Madrid a dedo y demás dijo que no era válido, *porque la conciencia de un vasco haciendo este juramento no era de fiar*.

Y el concejal elegido por el tercio que fuere fue destituido del cargo público sin estrenar.

Es una prueba más de que *lo vasco* es algo que toca al espíritu de una nacionalidad viva y muy particularmente discriminada en el concierto de los pueblos que viven bajo el látigo común del Franquismo. Por eso la resistencia del vasco frente al régimen español, y que ahora es el Franquismo, tiene una cara distinta: es la de aquel a quien están, no dejándolo morir de muerte natural, sino asesinándolo.

Porque hay muchos modos sutiles de matar a un pueblo.

Si queremos añadir a esta prueba local una más general, he aquí la que acaba de darnos el nuevo Presidente del Gobierno español después del discurso de *apertura* que ha despertado tantas expectativas.

1) Nos ha impuesto un *castigo colectivo* a la manera del que impuso la Alemania nazi a Checoslovaquia después de la muerte del verdugo nazi Heydrich, cerrando la frontera franco-española para todos aquellos cuyos pasaportes habían sido expedidos en Alava, Guipúzcoa, Navarra y Vizcaya. Estos pasaportes expedidos en Euzkadi fueron recogidos después, todos, sin diferenciación alguna de edad y antecedentes políticos; más tarde han sido devueltos en plazos discriminatorios, y a muchos de ellos, ya como castigo sin juicio, le han sido retirados del todo.

2) Durante este tiempo se ha procedido a registros arbitrarios y brutales, a detenciones indiscriminadas y a declaraciones a prueba de tortura como en los mejores tiempos de la Inquisición.

3) El Régimen ha chantajeado al Estado francés mediante represalia que abarcan a todos los vascos, también a los que viven en las tres regiones al otro lado del Bidasoa (Benabarra, Laburdi y Zuberoa) porque sabían que al cerrar esa frontera a los vascos de un lado interrumpían el flujo tradicional de los que van a comprar a los comercios de los vascos del otro, sobre todo en la ocasión de las Pascuas de Navidad.

Ha sido también un arma para dividir a los vascos de las dos orillas del río, haciendo a los que viven bajo el régimen franquista culpables de la medida.

No queremos olvidar aquí la persecución inquisitorial franquista de que son objeto de antes y después del *nuevo* Gobierno de Arias Navarro, los demás pueblos del Estado español, y tenemos particularmente en estos momentos en nuestro corazón al catalán Salvador Puig Antich, quien es también víctima de toda esta locura represiva e

inquisitorial en la que no podemos continuar por más tiempo sin unirnos los pueblos que conformamos hoy un Estado español que quiere mantener una legitimidad vergonzante que arranca de una sublevación militar contra las instituciones que se dio el pueblo mediante las maneras democráticas del voto popular, directo y secreto hace ahora 38 años.